

# UN HOMENAJE A ELIOT

Por Carlos Real de Azúa

EL sexagésimo año de Thomas Stearns Eliot encontró en el Premio Nobel la más alta retribución "institucional" que se concede a una producción literaria en el mundo contemporáneo. Y cabe hacer notar que si en unas ocasiones el galardón ha caído — literalmente, caído — sobre nombres confinados a una pequeña gloriola nacional (nórdica la más de las veces) y otras ha coronado obras egregias en sí, pero cuyo contenido virtual, su germinal irradiación está, por lo menos temporalmente, en baja (Hesse, ¿el mismo André Gide, guardando las distancias?) el caso del triunfo de Eliot marca un tercer circunstancia de rara singularidad. Porque Eliot no sólo es un Maestro, mayusculado, acatado, indiscutido y ahora solemnizado, sino que continúa operando como la más viva presencia poética, crítica y humana de todas las literaturas de la Europa libre, de América y hasta de Asia.

Un libro, aparecido en Inglaterra durante el año pasado, como homenaje a ese sexagésimo aniversario, patentiza este magisterio, tributando a un puro escritor ese tipo de contribución colectiva que parecía hasta ahora reservada a la conmemoración universitaria o académica. "T. S. Eliot. A symposium" compiled by Richard March, and Tambimuttu. Edition PL-1948 registra cuarenta y ocho colaboraciones, al decir de sus prologuistas, rápidamente requeridas y reunidas, y presentadas con el desorden, gracioso y cordial, de una rueda de amigos que se apretuja para el estrechar de manos o el abrazo. El material, sin embargo, es susceptible de clasificación.

Un primer sector lo forman los recuerdos personales, los testimonios de la presencia física y de la amistad de Eliot. Claro que este testimonio es, por lo general, inseparable de la noción de su calidad de poeta y del juicio sobre el impacto de esta calidad.

Un segundo sector endereza más el estudio biográfico y a la historia intelectual de Eliot, sin prescindir por ello de los enfoques recién anotados. En este orden son fundamentales para cualquier estudio del tema, los ensayos de Clive Bell, Conrad Aiken, Wyndham Lewis y, sobre todo, el de Montgomery Belgion.

Prescindiendo todos, de su infancia y adolescencia, nos muestran al joven Eliot de Harvard, bajo la influencia de Irving Babbitt, el doctorado en filosofía y el primer salto a París. Luego, la definitiva etapa europea: Marburgo, Oxford, Londres, el estadios del Merton y el "Usher of Highgate School". Inciden unánimemente en la influencia y el estímulo que tuvo sobre Eliot el grande y desgraciado Ezra Pound, al que el poeta llevó el "Prufrock", que Harriet Weaver publicara después en su "The Egoist". Ya radicado Eliot en Inglaterra, alto empleado bancario y más tarde asesor literario y después director de "Faber and Gwyer" (como lo recuerda el ensayo de F. V. Morley) abundan estos ensayos con las memorias de una deliciosa y enriquecedora sociabilidad, por la que cruzan los nombres de John Maynard Keynes, Lytton Strachey, Bertrand Russell, Virginia Woolf, Katherine Mansfield y Middleton Murry. (Y parece digno del "Orlando" el relato de una fiesta en la casa sobre el Tamesis, de Mr. St. John Hutchinson). La época de "Criterion" y los testimonios de William Empson y Nevill Coghill sobre el Eliot de 1930 cierran esta parte del volumen.

Sobre la obra de Eliot, reconocen estos trabajos biográficos — críticos, una primera capa de influencias constituida por las poesías de Jules Laforgue y Tristan Corbière ("románticos retardados") y el libro de Arthur Symmons sobre el simbolismo. En su pensamiento filosófico e histórico señalan casi todos el trazo de la corriente contrarrevolucionaria y antirromántica francesa de los cuarenta primeros años del siglo (Charles Maurras, Henri Massis y Pierre Lasserre) preparada por el magisterio de Irving Babbitt en Harvard y con los aportes tangenciales, — y tan distintos — de Remy de Gourmont y Jacques Maritain. Cuando Eliot ha encontrado su voz, ya es muy difícil dibujar geografías: Ezra Pound, Dante, la escuela del "dolce stil nuovo", Donne, Dryden, Pope ("los poetas metafísicos"), Baudelaire, y en su teatro, la tragedia griega; los isabelinos, la Biblia, Checov, prolongan su germinación y ejemplo hasta el escritor de hoy.

Otro grupo de ensayos, no siempre perceptiblemente distintos de los primeros (obra casi todos de contemporáneos del poeta), registra reconocimientos menos íntimos, sugerencias de lecturas y encuentros de ocasión. James Reeves, Desmond Hawkins, Norman Nicholson, Edwin Muir, Louis Mac Niece, tratan de rememorar la significación de "the Pope of Russel Square" para la adolescencia y juventud intelectual entre 1925 y 1930, especialmente la que se ejerció hasta la moda, hasta la obsesión, sobre el Oxford y el

ricásticamente de la segunda que "Su auditorio tiende a festejar con simpático alivio la declaratoria de tía Violeta: "No entiendo nada de lo que ha pasado". Ashley Dukes hace un relato valioso del estreno de "Murder" en la catedral de Canterbury, durante el verano de 1935.

Un quinto rubro está formado por el relato de Richard March y por muchos conocidos, tocados y agradecidos por su ejemplo: Nicholas Moore, Ronald Bottrall, George Barker, Anne Ridle, Lawrence Durrell, Ruthven Todd, Vernon Watkins, Tambimuttu y Michael Hamburger.

Pero T. S. Eliot no ha sido sólo el lúcido, inflexible, paternal conductor de la renovación poética en el orbe anglosajón. Su prestigio mundial en forma de traducciones, de lecturas directas, de influencias y paralelismos, sus contactos con los "genios nacionales", sus porciones universalizables, se muestran en una extensa contribución extranjera, en la que tampoco los recuerdos, a veces emotivos, del encuentro personal, están en modo alguno ausentes. Es la de los italianos Emilio Cecchi, G. B. Angioletti, Mario Praz, Eugenio Montale y Luciano Anceschi, los franceses Pierre-Jean Jouve, Henri Fluchère y Claude-Edmond Magny, el griego George Seferis, el alemán Ernst-Robert Curtius y los indios o afines Bishu Dey y Amalendu Bose, completados por el profesor Ludawyk, de la Universidad de Ceylán y uno de los iniciadores del libro.

A este grupo, aunque finque su preferencia sobre la significación de la obra eliotiana; pertenecen algunos de los mejores ensayos críticos del libro: los de Henri Fluchère, Luciano Anceschi y Claude-Edmond Magny. Admirativos, pero no incondicionales, alguno de ellos, como Ernst-Robert Curtius, de indiscutida autoridad, le enrostra a Eliot con un poco de humillación de derrotado y otro poco de indomable orgullo humanista — la exclusión de Goethe a favor de Wordsworth, como representante de la cultura europea.

De todos estos ensayos, puede intentarse entresacar la significación que la obra y la persona de Eliot tiene para sus contemporáneos. Queremos precisar: no lo que "nómenalmente" es, sino lo que vale para sus coetáneos y sucesores. Los sufragios no son casi nunca por lista completa; destacan unos algún determinado aspecto y otros ciertos rasgos más olvidados;

# Un Lucido, Atento Lector

El señor Ricardo Paseyro, en nuevo artículo de CRO-NICA (abril 7) declara a toda página que me ataca personalmente, no por conferirme importancia, sino como "homenaje a los medios de autopropaganda y elogio" de que dispongo. En este homenaje a la difusión de MARCHA, el Sr. Paseyro se dedica únicamente a la página literaria, la encuentra falsa, frívola e hinchada, sostiene que no leo los libros comentados, o que digo de ellos lo que ya la solapa informa, punto que demuestra citando dos líneas de una reseña sobre "Automoribundia", y olvidándose de que escribí más de una página sobre ese libro. Yo no llamaría constructiva la crítica del Sr. Paseyro; no me enseña a leer ni escribir, no puntualiza qué debe ser la crítica literaria, no me concede la diversidad necesaria para hablar de los muchos campos que supone la literatura, no me permite una reseña informativa porque sería superflua, ni me permite una valoración crítica porque eso sería "arrogarse el derecho de distribuidor de títulos, heraldo de blasones literarios". Después de una página de invecivas tras las que ya no me hallo virtudes, sólo puedo resumir que él sabe escribir mejor crítica, y que él desea verme callado. No discutiré su competencia, que está aún pendiente de demostración, pero confío en que el Sr. Paseyro dedicará su tiempo a los libros y no a los cronistas, gente secundaria, si las hay. Discutiré en cambio su intención de hacerme callar: con mi silencio él se promete conseguir que la literatura uruguaya "se vuelque en el apasionado cauce de la gran tradición española", pero esta noble finalidad no se perjudicará si libertad de prensa por medio, me permito seguir escribiendo sobre literatura. La inflexible discrepancia del Sr. Paseyro, teñida por el subrayado personal, me seguirá siendo muy valiosa: me ayudará a no ser nadie.

E. R. M.

los menos, la valía total de sus producciones.

Sumaria, desmañadamente, este mensaje se constataría en los aspectos siguientes: Una visión. Es el primero reconocido, cronológica y axiológicamente. "The love song of Alfred Prufrock", "The waste land" y "The Hollow Men" expresaron mejor que ninguna otra palabra de su tiempo, la amargura y la esterilidad, la frustración y el nihilismo del hombre contemporáneo. Eliot dotó al mundo de la primera postguerra, todo baldío y desolación sin límites, de una originalísima, crepuscular, inédita y despiadada fisonomía. Tan honda ha calado su "imagen sensoria de un mundo cambiante" que muchos de los aportadores manifiestan ver — normalmente — el ámbito urbano e industrial que nos rodea a través de las imágenes, palabras y paisajes de esas obras. Alguien habla de "una experiencia del hastío y del horror y de una transmisión de esa experiencia", alguien, de "un balance del caos".

Una experiencia. Con el canto penitencial de "Ash Wednesday", la trayectoria poética y humana de Eliot entra en una nueva vía que remata por ahora — y provisionalmente — el cuadruple peregrinaje de los "Quartets". "El poeta del caos se convierte en el gran "poeta del anglicanismo" y aún, más allá de divisiones confesionales, el de todo el mundo cristiano. Del orbe del tiempo, la historia y la criatura, a través de "una noche oscura del alma" profundizada y enriquecida,

los "Four Quartets", nos muestran, más allá del velo fenoménico, la libertad del perfecto servicio y los goces de la unión en el eterno presente. Aceptado el tiempo y reconciliado en la Encarnación, admitido en el pasado por ideas visitas, la poesía de Eliot repite aquí, renueva y valida con su excepcional riqueza alegórica y concreta, esa tradición milenaria en la que San Juan de la Cruz se destaca entre todos.

Pero como lo observan muchos, no era necesario este período reconstructor que subsigue al desilusionado, para que la poesía de Eliot estuviera surcada de ese sentido de lo "infamiliar y misterioso (las viejas estéticas hablaban de "lo suprasensible") que yace en las cosas y detrás de las cosas. Sólo es catalogal y epidérmica, nunca grande ni verdadera, la obra que carece, aunque sea fugazmente, de esta habitación, de esta conmovedora residencia.

Un lenguaje poético nuevo. Renovó y refrescó el caudal verbal, ensanchando su patrimonio al dotar (en operación de cierto paralelismo con la de Neruda) de una significación y un temblor inéditos, a las palabras del uso cotidiano y vulgar, del "slang" y del periodismo, a los objetos de la vida moderna, restituyendo al inglés sus valores sensitivos y visuales, y agotando a su vez esas posibilidades.

Una cultura. También enriqueció las fuentes vivas de la poesía de nuestro tiempo, trayendo al ejercicio de una con-

(Pasa a la Pág. Sgte.)

# Pour une paix durable, pour une démocratie populaire

Bucarest. Organe du Bureau d'information des Partis communistes et ouvriers

PARAIT LE 1<sup>er</sup> ET LE 15 DE CHAQUE MOIS

PARA COMPRENDER LA POLÍTICA DE QUIENES ACTUAN EN PRIMERA LINEA EN EL CAMPO DE LA PAZ, LA DEMOCRACIA Y EN ANTIIMPERIALISMO

APARECE EN RUSO, INGLES Y FRANCÉS — ANOTESE Y RESERVE SU EJEMPLAR —

## Ediciones Pueblos Unidos S. A.

COLONIA Y TACUAREMBO  
Teléfono: 4 20 94

tribución ejemplar esas figuras lejanas en "interés", tiempo e "idiomas" que él recomienda que ya mencionamos: Dante, como los mejores andadores, y la Biblia, "los poetas metafísicos". Nos devolvió la mitología clásica interpretada con criterio histórico. Reinventó, con una fina economía de estructuras, el juego sabio, caprichoso y humorístico de las citas y alusiones literarias dentro del texto poético.

**Un recobrado equilibrio.** Destacan todos la maravillosa amalgama que la poesía eliotiana ofrece. Inteligencia, ironía, sátira, ingenio, autobiografía, emoción, exaltación, fantasía: todos los ingredientes clásicos del poema aparecen fundidos a esa "alta presión", que como humildad operativa, Eliot asigna a la función del poeta.

**Verso, ritmo y música.** Más diversa, menos específicamente, señaláanse su maestría del verso, su arte de las transiciones, su capacidad combinatoria de lo más trabajado, artificial y formal, con las líneas más fáciles, naturales y felices; la mezcla logradísima de tono conversacional, intensificada lírica y digresión; su sentido del ritmo y de la música, que no rechaza cacofonías y disonancias y que se concibe como función de todo el poema y no de unas pocas líneas; su contenido dramático; su arte de los cortes rápidos y de las superposiciones cinematográficas; su rico sabor tónico, tectónico y local: barrio, ciudad y condado, presentes en su poesía, lastrándola, humanizándola, acercándola.

**Una poética y una crítica.** También se le agradece haber ligado vitalmente la faena crítica y la faena creadora, restituyendo a la poesía una conciencia y una lúcida reflexión que desde los "ismos" parecía despojada, y renovando a la vez la arida disección del "scholar" con el noble interés—predatorio y tenso—de un paralelo operar.

Poeta y crítico, mueven a

su concepción "mediúmnica" de la personalidad del poeta como "centro de fusión" de ideas y emociones, la doble exigencia de una personal y hondísima experiencia y una emoción apasionada vertida en una expresión supremamente objetiva e impersonal (es su idea de la poesía como "arte" y no como "efusión", y su preferencia por el producido—poema respecto a su productor—poeta). Es su explicación de la dificultad de la poesía actual por la complejidad de la civilización que refleja, por la complicación de los elementos intelectuales que arrastra y su rechazo del poema como intelección racional en favor de la comprensión de imágenes ligadas y coordinadas en torno a una emoción o idea central. Es su tan divulgado redescubrimiento de "la Tradición" como patrimonio viviente y participado, que apoya y gurece, tanto en lo que es común, como en lo que es diferente—en lo que parece como en lo que distingue—el juego libre, pero radicado, de la personalidad. Es finalmente su replanteo y personal solución de las relaciones entre inteligencia y emoción (y allá en el fondo del cuadro, entre obra y ambiente ideológico del tiempo). Lo ilustran su inclinación a la alegoría "como pensamiento hecho carne", su idea de la poesía "como pensamiento sensible", como sentimiento y emoción sobre las bases—relativamente indife-

rente, variables—de una doctrina, filosofía o concepción de la vida.

**T. S. Eliot.** No es el menos caudaloso, el agradecimiento de estos hombres y mujeres hacia la persona-Eliot. Respaldao tantos dones, "encarnándolos": el amigo, inteligente y estimulante, el editor generoso, el conversador mundano y brillante, aunque tocado por un último matiz otoñal y melancólico, el hombre amasado por las virtudes de una inalterable cortesía, de una escrupulosa y elegante dignidad, de una integridad y humildad sin histrionismos, de una severidad para consigo mismo que prolonga hacia la conducta la precisión y austeridad de un pensamiento. Nada del aparato profesional: uno nos habla de su "correct bank-manager look", otro, de su costumbre de apuntar los gastos cotidianos en una pequeña libreta; alguno, humanizándolo más, de su pasión por los gatos y por el queso.

Solo humanizándolo más El "Eliot en pantuflas" parece no existir para tantos amigos y contemporáneos. Y acaso no exista. Acaso la persona del artista como "trista" de la obra, acaso la intimidad como repelente vaciadero de la fisonomía profesional y social fuese sólo regla y ley para el buen Anatole y todos los de su casta. Acaso, la actitud, con su suelo de escepticismo y sus posibilidades disociadoras fuese una planta que ellos mismos habían abonado.

Apareció el N° 3 de

# MARGINALIA

COLABORACIONES Y NOTAS de: Manuel Antonio Abella, Héctor-Hugo Barbagelata, Mario Benedetti, Gastón Blanco Pongibove, Manuel de Castro, Carlos Denis Molina, Marcos Fingerit y Salvador Miquel.